



María Leticia Santa Marina, duquesa de Hernani. He aquí una linda damita que vive ahora la dorada ilusión de su amor.

Fot. Kaulak.

# EPISTOLARIO MADRILEÑO



Srta. Ana María Aguilar y Gómez Acebo.



Don Leopoldo Matos y Massieu.

**T**IENE usted razón, querido Enrique; la vida de sociedad requiere cada día mayor número de atenciones, los acontecimientos gratos aumentan sin cesar, las muchachas bonitas se multiplican. Usted desearía de buena gana dedicar todo el espacio de su Revista a cada fiesta brillante, a cada agradable reunión y a cada belleza aristocrática. ¡Nada más justo ni más halagador! Pero eso es imposible; todo el mundo lo sabe. Por eso yo, en estas cartas sencillas que comienzo ahora, he de poner yo mismo freno a mis entusiasmos y a las expresiones de mi admiración, que sería, querido Enrique, caso de no acabar nunca de escribir si a cada asunto dedicara toda la atención que merece.

Yo no presumo de buena memoria, pero estoy por asegurar que hace muchos años que no se han casado por esta época tantas muchachas distinguidas. ¿Es que ha contribuido la hermosura, verdaderamente primaveral, del tiempo que hemos disfrutado? No lo sé, pero lo cierto es que parecía que nos hallábamos en pleno Mayo. El simpático mes hizo su aparición entre el sesudo Enero y el loco de «Febrerillo», y llenó los altares de albas flores, los templos de fragancias y las calles de luz. ¡No pudo soñarse jamás marco más adecuado para las novias guapas!

Y en verdad que todas ellas lo fueron. Ahí le envió el retrato de una de ellas; fíjese bien y dígame—aunque usted lo sabía perfectamente, sin conocer el retrato—si cabe mayor finura de facciones y mayor encanto en la expresión que los que se advierten en el rostro de Ana María Aguilar y Gómez Acebo, la hija gentil de los condes de Aguilar, hoy esposa feliz del diputado a Cortes conservador D. Leopoldo Matos. Pues... ¿y el día de la boda, se acuerda usted? Cuando entraron los prometidos en la iglesia parroquial de la Concepción, acompañados por la duquesa de la Conquista y el marqués de Castel Rodrigo, que representaban a tan augusta madrina como la Reina Doña María Cristina, un murmullo de admiración se escapó de todos los labios.

—¡Qué satisfecho va el novio!—exclamó una linda «tobillera».

Y Leopoldo Matos, que lo oyó, agradeció la acertada observación con una sonrisa.

Testigos de la boda fueron, por parte de ella, el ex ministro conde de Esteban Collantes, su tío el también ex ministro marqués de Cortina y sus hermanos D. Fernando y D. Alberto Aguilar; y por parte del novio, el jefe de los conservadores D. Eduardo Dato, el presidente del Congreso Sr. Sánchez Guerra, D. Mariano de Foronda, D. Nicolás Massieu y D. Salvador Manrique de Lara.

Los señores de Matos fueron después recibidos por la Reina Doña Cristina, y todo el afecto que S. M. profesa a su antiguo secretario se evidenció de nuevo al felicitar efusivamente a los hijos de los condes de Aguilar.

Días después volvió a vestirse de gala el mismo templo para ser testigo del enlace de otra pareja feliz: la que formaron Sofía Rodríguez, la bella hija del notable abogado D. Antonio Gabriel, y D. Eugenio de Elices y Gasset, juez municipal del distrito de la Universidad. La señora viuda de Elices y el padre de la desposada fueron los padrinos. ¡Lástima de que, por un reciente luto, no asistieran al acto más que los íntimos de ambas familias! De otro modo hubiesen sido inacabables los que hubieran admirado a la novia.

Los señores de Zancada abrieron su casa para otra boda: la de su hermana María B. García Güell y el ingeniero industrial D. Luis Oriol. La señora de Zancada y D. Román Oriol, hermano del novio, tuvieron el placer de apadrinarlos, y el ilustre Padre agustino Eusebio Negrete la satisfacción de bendecir una unión que hará la felicidad de dos enamorados.

¿Me permite usted ahora, amigo Casal, ya que hablo de bodas, que le cuente a usted algo de una, muy simpática, que no se ha celebrado en Madrid?

Fué en San Sebastián. Ella, la encantadora Leonor Samaniego y O'Ryan, unió para siempre su ventura a la del oficial de Infantería D. Hipólito Finat, marqués de Carvajal, hijo de los condes de Finat. Me han contado que la novia estaba bellísima vistiendo primoroso vestido de tisú de plata, con

manto de valiosos encajes «Point d'Alençon», y que él ostentaba el uniforme de las tropas regulares de Africa. ¿Será posible dudar de que los nuevos esposos están siendo muy felices en Biarritz y otras poblaciones francesas?

Pero no sólo de pan vive el hombre, ni de bodas se nutre únicamente la sociedad madrileña. Usted mejor que nadie sabe lo agradables que han sido muchas reuniones últimamente celebradas. ¿Se acuerda de la deliciosa tarde que pasamos en casa de la señora viuda de Vizcarrondo, que invitó a algunos de sus amigos para tomar una taza de té y «hacer música»? ¡Qué éxito tuvo Emilia Quintero, la admirable pianista, que ha regresado a España después de permanecer diez años entre Cuba y Nueva York, ofreciendo conciertos interesantísimos.

Emilia Quintero vuelve hecha una artista ilustre.

Sus dedos pulsaron aquel teclado del piano, dejándonos escuchar con deleite una *Sonata* de Beethoven, un *Nocturno* de Chopin y la *Rapsodia número 12* de Listz. Y no oímos más nosotros porque—en contra de nuestra voluntad—llegamos tarde.

Todos los reunidos—¡y vaya si había lindas damas y damitas encantadoras!—festejaron primero a Emilia Quintero y luego a la señorita de Ruiz Moyanes, que cantó con muchísimo gusto algunos trozos de *Maruxa*.

La señora de Vizcarrondo y aquella gentil María del Pilar, que la secundaba, hicieron los honores con delicada amabilidad.

¿Más reuniones? Hablaré primero de las diplomáticas. Lady Howard, la distinguida Embajadora de Inglaterra, ha ido congregando a los ya numerosos amigos con que cuenta en elegantes tes. Los Embajadores británicos han tenido entre nuestra sociedad una acogida en extremo simpática. Y es que sir Esme y lady Howard tienen el don de la simpatía.

Otro tanto les ocurre a los barones Fasciotti, que desde que han ocupado la Embajada de Italia no cesan de captarse amistades. Los tes de los Embajadores italianos se ven, pues, muy favorecidos por aristocráticas personas.

¿Y qué decirle del ministro de China y Mme. Tai Tch'enne Linne? El te con que obsequiaron a sus amigos recientemente fué una atractiva reunión, casi exclusivamente diplomática, a la que concurrieron algunos distinguidos políticos españoles. Los invitados se extasiaron en aquella artística residencia ante las porcelanas, las lacas y los bordados que la decoran, dándole el más puro carácter oriental.

La ilustre condesa de Pardo Bazán reunió también a sus amigos, ofreciéndoles una elegante comida. Tratándose de escritora tan insigne y de comensales como los que congregó, puede suponerse que la sobremesa se prolongó en culta e ingeniosa conversación, versando principalmente sobre asuntos artísticos y literarios.

Pero no paran ahí los gratos sucesos. Hubo baile en el Ritz, organizado por aristocráticas señoritas y amenizado por los Boldi; hubo una brillante fiesta en el hotel—verdadero museo de arte—del teniente general D. Francisco María de Borbón, asistiendo las muchas amigas de la encantadora Blanquita Borbón, que bailaron a los acordes de la *jas-band* de Rosillo; hubo una elegante reunión en casa de los señores de Merry del Val (D. Domingo), y hubo, en varios días, divertidas fiestas en la residencia de los señores de López Roberts, en las que también bailaron las muchachas cuanto quisieron.

Ya ve usted, querido Enrique, lo mucho bueno que ha habido.

Pues aún me quedaba algo agradable que decirle. Los barones de Satrustegui han celebrado sus bodas de plata. Buen ejemplo el de este matrimonio, que sigue en su luna de miel.

¿Qué pensará de esto el simpático Doctor en Medicina D. Manuel Izquierdo y Hernández, que ha pedido la mano de la señorita Rosario Luque y Maldonado, nieta de la marquesa viuda de Luque? ¿Verdad que hay que imitar a los barones de Satrustegui?

EL CABALLERO ENCANTADO.

# ¡ PASIÓN !

El ilustre y antiguo diplomático D. Manuel Llorente —tan respetado y tan querido— es el autor de la bella composición que a continuación publicamos. Es admirable. Escrita ahora, parece tener—y tiene—toda la lozania y la inspiración de una inteligencia joven y privilegiada. Y joven, eternamente joven, y privilegiado es el cerebro de este hombre ilustre, que ha recorrido medio mundo llevando como singular emblema de su misión el nombre de España.

Entré en el templo del Pilar un día  
y a la Virgen recé:  
emocionado, me salí a la vía  
y en ella te encontré:

Alcé la vista en éxtasis divino  
y te empecé a mirar,  
y a pensar... cómo estaba en mi camino  
la que vi en el altar.

De gratitud, un himno canté al Cielo,  
y al Supremo Hacedor,  
y confuso y ansioso, en santo anhelo,  
me dirigí al Señor...

Y le dije: a Ti acudo ¡Dios piadoso!  
a saber la verdad:  
¿es este algún secreto misterioso...  
o es una realidad?...

Vi en un rayo de luz del sol naciente  
tu sombra reflejar;  
en la onda cristalina de una fuente  
también te vi flotar.

Soñé que, como Venus, de la espuma  
te veía nacer,  
y saltando entre olas y entre bruma,  
te iba yo a recoger.

Miré arriba, y el sol con sus fulgores  
mi vista deslumbró;  
miré abajo: la tierra con sus flores  
el aire perfumó.

Miré del mar las aguas turbulentas  
sus olas levantar;  
vi en el espacio el rayo y las tormentas...  
y las sentí estallar...

Miré tus ojos... me senté a tu lado,  
tu palabra escuché;  
y conmovido... absorto... entusiasmado,  
dicha inmensa gocé.

El sol, la tierra, el éter y los mares...  
¡todo palideció!...  
caí a tus pies... improvisé cantares...  
y... la vida empezó.

Desde ese día, en sueño y en desvelo  
yo siempre en tí pensé;  
con las plegarias que elevaba al Cielo,  
en ellas te mezclé.

Tu imagen, que veía en todas partes,  
fué mi eterna obsesión;  
el colmo y el prodigio de las artes  
era... tu posesión...

El amor que soñé... ¡Dios me es testigo!  
¡tú... sola para mí!  
Con fortuna o sin ella... ¡estar contigo!  
y ¡ni el Cielo sin ti!

De este modo mi mente se ofuscaba  
en loca obstinación,  
y en cualquier punto donde yo miraba  
estaba tu visión.

Cuando pienso en los días deliciosos  
que contigo viví,  
y recuerdo los goces amorosos  
que en tus brazos sentí;

cuando de dicha eterna tú y yo ansiosos  
queríamos gozar...  
¡quién pensara que tiempos tan dichosos  
habrían de acabar!...

Y se acabaron, ¡vida de mi vida!  
un día negro llegó:  
la unión de nuestras almas, bien sentida,  
la muerte separó.

A divinas regiones celestiales  
se fué tu alma a morar,  
ajena a las pasiones terrenales,  
y otras dichas gozar.

Yo me quedé abatido, anonadado,  
renunciando a vivir;  
muerta tú... yo quedaba aniquilado,  
¡no quería existir!

De tu lecho mortuorio en las orillas  
horas largas pasé,  
y escaldándome el llanto las mejillas,  
aun muerta te adoré.

Al besar tu garganta satinada,  
causa de admiración,  
la encontré siempre hermosa, ¡pero helada,  
y helado el corazón!

Desatinado y loco desvarío  
por mi mente cruzó;  
sentí dentro de mí un escalofrío...  
y el suicidio latió...

Tu espíritu emigró a otras regiones  
de dicha y santidad,  
de ángeles a vivir entre legiones  
por una eternidad...

Me voy cerca de ti, si tú no vienes...  
¡sin ti no vivo... no!...  
Cogí un revólver, le apoyé en las sienes,  
y... ¡todo se acabó!

MANUEL LLORENTE V.

## ¿La inocencia en los ojos...?

Fué en París, hace unos años, cuando raptaron (nunca podré decir robaron) del Museo del Louvre la admirable obra de Vinci, el retrato de la Gioconda. Tanto ruido se armó y tanto se habló de esto, que llegó a intrigarme el enigma del famoso cuadro.

Todos los diarios parisinos hablaban de ello largamente, y era tema obligado el misterio de la indescifrable sonrisa. Perdíanse en los más intrincados laberintos de conjeturas para terminar como el famoso coro de los doctores, sin saber si el perro estaba o no rabioso.

Confieso que llegó a interesarme y atraerme la misma dificultad de esclarecer el enigma, y una vez restituido el cuadro a su anterior puesto me instalé en la sala del museo frente a él y permanecí horas y horas para contemplarle a mi sabor. *Mona Lisa* con sus manos cruzadas y su sonrisa, parecía mirarme irónica y decirme burlándose de mi afán: «busca, busca, nada conseguirás».

Transcurrían los días y llegó a ser para mí una obsesión la sonrisa de la mujer del Giocondo. Aquella cara no era como las demás: tenía «algo». Falsa e ingenua, contenta y triste era como la absurda mezcla de lo dulce con lo amargo y la irónica tranquilidad de su actitud terminó por molestarme y exasperarme al fin.

Como llegó a hacerse insoportable y como al mismo tiempo nada conseguía, busqué otro camino para lograr mi deseo.

Revolví las bibliotecas buscando datos de la vida de aquella mujer, y en todos ellos parecía querer esconderse aun más el secreto.

Empezaba a darme por vencida, cuando se me ocurrió consultar algo sobre la época y país en que vivió ella y, con la misma alegría que sentiría un sabio o un alquimista de la Edad Media al descubrir la Piedra filosofal, leí unos renglones insignificantes al parecer, pero que encerraban la solución que desde largo tiempo buscaba afanosamente.

En aquellos renglones decía que en la época de la Gioconda, las damas florentinas tenían la costumbre de depilarse las cejas. Cerré el libro apresuradamente y me dirigí al museo a inspeccionar nuevamente el cuadro.

¡Era verdad! *Mona Lisa* no tenía cejas en su retrato: mejor dicho, no las tiene.

Este es el misterio del cuadro de Leonardo de Vinci, porque todos sabemos que solamente en la edad de la inocencia carece la humanidad de cejas y ese es el contrasentido de la cara de ella. La inocencia en los ojos y la perfidia en la boca. El enigma que tanto ha intrigado hasta hoy no está en la sonrisa, sino más arriba, en los ojos.

ADELA GONZALEZ FIORI

# CHARLAS INGLESA

Yo nunca me casaré, afirmó rotunda Maud, dejando su taza de te sobre la mesa. La experiencia de mis cuatro hermanas casadas me hace huir del matrimonio.

—Pues parecen muy felices, y se casaron muy bien—objetó una de las presentes.— Si te refieres a que ninguno de ellos juega ni bebe en demasía, ni tiene *lios* conocidos, tienes razón, pero no es eso. A veces, cuando alguno de los tres vicios grandes les domina, la conciencia de la falta y el deseo de aminorarla les hace ser domésticamente buenos, pero en este caso las cuatro están contrariadas, mejor dicho, desilusionadas, porque ellos al principio prometen mucho, y luego...

—Bah; es imposible que tus hermanas educadas a la moderna, creyeran que sus maridos iban a consagrar sus vidas a procurarles felicidades.

Todos los novios lo aseguran, muchos lo piensan, pero lo que desean es que las mujeres sean felices haciéndolos a ellos.

—Te advierto que se casaron enamoradísimo y dispuestos a sacrificios, pero la realidad no ha respondido a las esperanzas. La mayor, Sophie, como sabéis era una muchacha lista y graciosísima, se casó con un sabio y ahora no se atreve a abrir la boca porque con todo su talento práctico, su marido la ridiculiza llamándola idiota porque no piensan igual. Maggie es animada, comunicativa, le gustan las amistades, pero él las odia, y no le permite ver a nadie; siempre sola. Betty tiene verdadero genio musical, y su compañero oye la música, pero no la siente, y se ve obligada a tocar sólo aires populares que es lo que a él le gusta. Doris, bueno; adora los chicos; de soltera se traía los de los vecinos a casa: pues no tiene ninguno. John dice que no puede sostenerlos. ¡Sí que es mala suerte, dijo riendo la más alegre del grupo, pero yo no pienso quedarme soltera por esas tan grandes tribulaciones!

«Mi ideal de perfecto marido, sería que fuera muy alegre.»

—El mío que tuviera muchas cosas en qué pensar.

—«Yo no deseo nada: mi Charles cree que su mujer es lo más perfecto que hay sobre la tierra»—dijo la dueña de la casa a la vez que se levantó y salió de la habitación.

Maud inquirió curiosa:

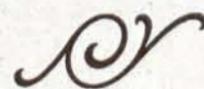
—¿Qué clase de hombre es ese?

—Es un indio; muy bueno, en cada cinco años tiene seis meses de licencia que pasa aquí, pero no puede residir en Londres porque no resiste el clima, y a ella le sucede lo mismo con el de la India.

La muchacha se abismó en silencio... allí se encontraban sus amigas; la que deseaba un hombre alegre estaba casada con un neurasténico, y la que quería uno ocupado tenía el suyo todo el día en casa mortificándola con pequeños detalles enfadosos, y las veladas repitiendo la lectura en voz alta de dramas antiguos... Entonces el perfecto marido era el que vivía ausente... decididamente su resolución era irrevocable.

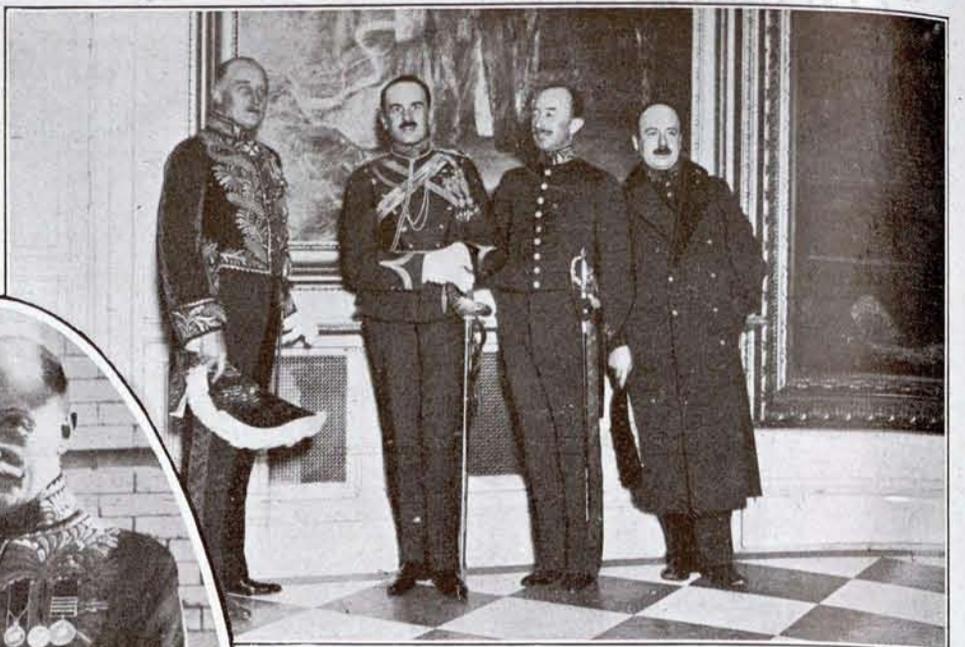
Swallow.

Londres, Diciembre, 1919.





*La comitiva del Embajador saliendo del Alcázar.*



*El nuevo Embajador de Inglaterra y el personal de la Embajada al dirigirse a Palacio.*



*Sir Esme William Howard. Nuevo Embajador de Inglaterra.— Fot. Marín y Ortiz.*

**S**ALUDAMOS en estas columnas a dos nuevos diplomáticos, representantes de otros dos países: a Sir Esme William Howard, embajador de Inglaterra, y a Mr. Van Vollenhoven, ministro de Holanda. Antes de ahora queríamos haberles ofrecido nuestra bienvenida. Causas que conocéis lo impidieron. Mas si son ciertos los dichos españoles, pongamos en la pluma aquel de que nunca es tarde si la dicha es buena y deseamos que sea verdad.

La diplomacia tiene hoy día una difícil misión. En primer lugar, la de levantarse sobre tanto rencor, tanta sangre, tanto triste recuerdo... Después, la de trabajar sin descanso con sólo una mira: honradez, prosperidad, lealtad...

Cayeron un poco los ánimos al principio y al fin de la campaña. Hoy, seguramente, se elevarán con firmes propósitos de engrandecimiento.

No fué España de las sospechosas. Desde el primer momento fué neutral. Y su neutralidad hizo que nuestro Rey tendiese piadosamente su mano lo mismo hacia unas que hacia otras naciones en favor de los que sufrían, y por su neutralidad fué atendido.

Sir E. W. Howard y Mr. Van Vollenhoven son dos buenos amigos de España. Seguramente lo demostrarán. Y nosotros nos complacemos ya hoy en publicar estos sentimientos de simpatía de los dos ilustres diplomáticos hacia esta nación que tan cariñosamente ha sabido acogerlos.

**L**A carrera diplomática nos priva, a veces, de tener a nuestro lado afectos sinceros. En cambio, cuando nos encontramos fuera de España, la representación de nuestro país es algo así como el sitio al que miramos con cariño de hijos. El marqués de González ha sido nombrado ministro de España en Méjico. ¡Qué lejos ha ido! Tan lejos, como contento. Tan ilusionado como si acabase de obtener el número uno en las oposiciones a la Carrera.

¡Va a Méjico! ¡Ha ido a Méjico! Es casi, casi, como si no se alejase de la Madre raza.

\*\*\*

Y no hemos de terminar estas palabras sin expresar nuestra enhorabuena al nuevo Consejero de la Legación de Suiza, Mr. Max Jaeger. Era primer secretario, pero ha sido ascendido a Consejero ¡y en España!

Y ponemos el nombre de España entre admiraciones porque los diplomáticos extranjeros sienten por esta Patria nuestra predilección.

No faltaremos a la verdad al decir que cuando los trasladan y se van, salen de la estación emocionados.



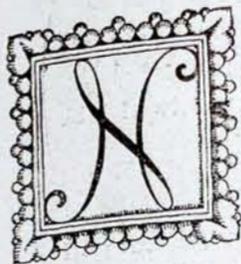
*El Marqués de González. Nuevo Ministro de España en Méjico.*



*Mr. Van Vollenhoven. Nuevo Ministro de Holanda en España.— Fot. Marín y Ortiz.*



*Mr. Maximiliano Jaeger. Secretario de la Legación de Suiza en España, ascendido a Consejero.*



o nos damos cuenta de la influencia moral que tiene un hogar risueño sobre nuestro carácter.

Cuando volvemos del trabajo, cansados de nuestra tarea cotidiana, descansamos al entrar en una

casa en donde todo respira tranquilidad, abundancia, dinero... Si al entrar estábamos malhumorados, pronto desaparece toda pesadilla al contacto del bienestar.

Pero si pensamos en el pobre, que trae a su casa no sólo un cuerpo rendido de fatiga, sino un estómago vacío, y poco dinero en el bolsillo para permitirle comprar ciertos alimentos, podemos fácilmente figurarnos de qué humor estará. Sobre todo si la mujer le cuenta que el casero la amenaza con ponerle en la calle sus muebles viejos al final del mes por no pagar el alquiler retrasado.

Allí, ni una silla cómoda, ni una cama mullida para adormecer su cuerpo rendido... Todo refleja la miseria, el hambre, las enfermedades. Se comprende que la gente que tiene que vivir en estos tugurios ha de estar constantemente de mal humor.

Debe perdonarse a los que, antes de entrar, se detienen en la taberna

y beben vino para que les dé la ilusión pasajera de que ellos también lograrán las riquezas y los honores.

¿No creen ustedes, como yo, lectoras, que aquellos hombres que la sociedad obliga a ser malos no cambiarían si viesan una casa alegrada con flores? Estas flores, por modestas que sean, combaten la tristeza, derraman por las habitaciones un perfume sano, que adormece los pesares. Sus colores frescos son como una sonrisa que nos aconseja tener paciencia o resignación. Estas flores son la manifestación palpable de que existe en la Creación algo divino, en lo cual debemos tener fe.

Muchas veces, al visitar una casa muy modesta, hemos dicho: «¡Qué bien se vive aquí! ¡Todo es tan bonito y risueño!» Pero luego, al recordar lo que hemos visto, pensamos en que los muebles eran viejos, las paredes sin adornos, los cuartos pequeños y estrechos. Entonces, ¿por qué tuvimos la sensación de simpatía hacia aquella casa? Sencillamente porque sus dueños amaban las flores y porque, a falta de objetos de lujo, los habían reemplazado por objetos de primavera...

La Naturaleza prohija lo mismo a los ricos que a los pobres para que sepan bien que todos tenemos derecho a la felicidad, al menos a las ilusiones...

Siempre tengo presente en la memoria el canto de Dante. ¡Oh, sí, flores, a manos llenas, lirios y rosas...!

Flores, perfumes, olvido...

¡Oh lectora!, en tu boudoir he respirado un perfume delicioso; era un perfume suave como la primavera, embriagador como tú, me recordaba el pasado... ¡¡me hacía olvidar el porvenir...!!

Cantaba el aire, el sol, la luz, el cielo... ¿De dónde venía?

¡¡De tu balcón!!

Rosas, claveles, jazmines, flores... flores... adornan siempre tu balcón.

El transeunte que pasa, al ver las flores de tu ventana, sabe que ahí vive una mujer celosa de su hogar... adivina la blanca mano que las

en el «mañana», porque mañana será igual a hoy, tan triste, tan fatigoso, tan miserable. En estas humildes casas, en que viven numerosas familias en lastimosa mescolanza, ¡cuántos dramas ocultos podría quizá evitar la presencia de algunas flores!

Permíteme, lectora, ya que hablamos de flores, recordarte el lenguaje de algunos, no el de las flores que sueles recibir en homenaje a tu belleza, sino el de florecitas más humildes que ensalzan los campos lejanos, la Naturaleza sencilla, en donde todo es amor, reposo, paz...

Sabrás que:

La acacia blanca es amor platónico.

La acacia rosa: elegancia, donosura.

Adormidera: insensibilidad, sueño.

Almendra: viveza, ligereza, gran contento.

Anémona azul: recta inteligencia.

Anémona carmesí: celos amorosos.

Anís: gratitud, reconocimiento.

Azafrán: discreción.

Balsanista: rudeza, aspereza.

Berberis: análisis, crítica.

Camelia: resentimiento.

Dalia: agasajo.

Eliotropo: Sólo a vos miran mis ojos.

Girasol: veleidad, os amo ahora.

Granada: ambición.

Guindo: frenesí, impaciencia.

Guisante de olor: placeres deliciosos.

Hortensia: constancia, pero frialdad en el amor.

Iris: mensaje, comunicación.

Jacinto: muerte en el amor.

Jazmín blanco: amabilidad.

Jazmín amarillo: sensaciones amorosas.

Lirio: altanería, presunción.

Loto: elocuencia, persuasión.

Malva: blandura, humildad, dulzura.

Manzano: preferencia.

Margarita: destino.

Mirto: amor.

Naranja: generosidad.

Narciso: egoísmo, presunción, amor propio.

Nenufar: imposibilidad.

Olivo: paz.

Perejil: bodas.

Reseda: vuestra amabilidad excede a vuestros atractivos.

Romero: verdad, buena fe.

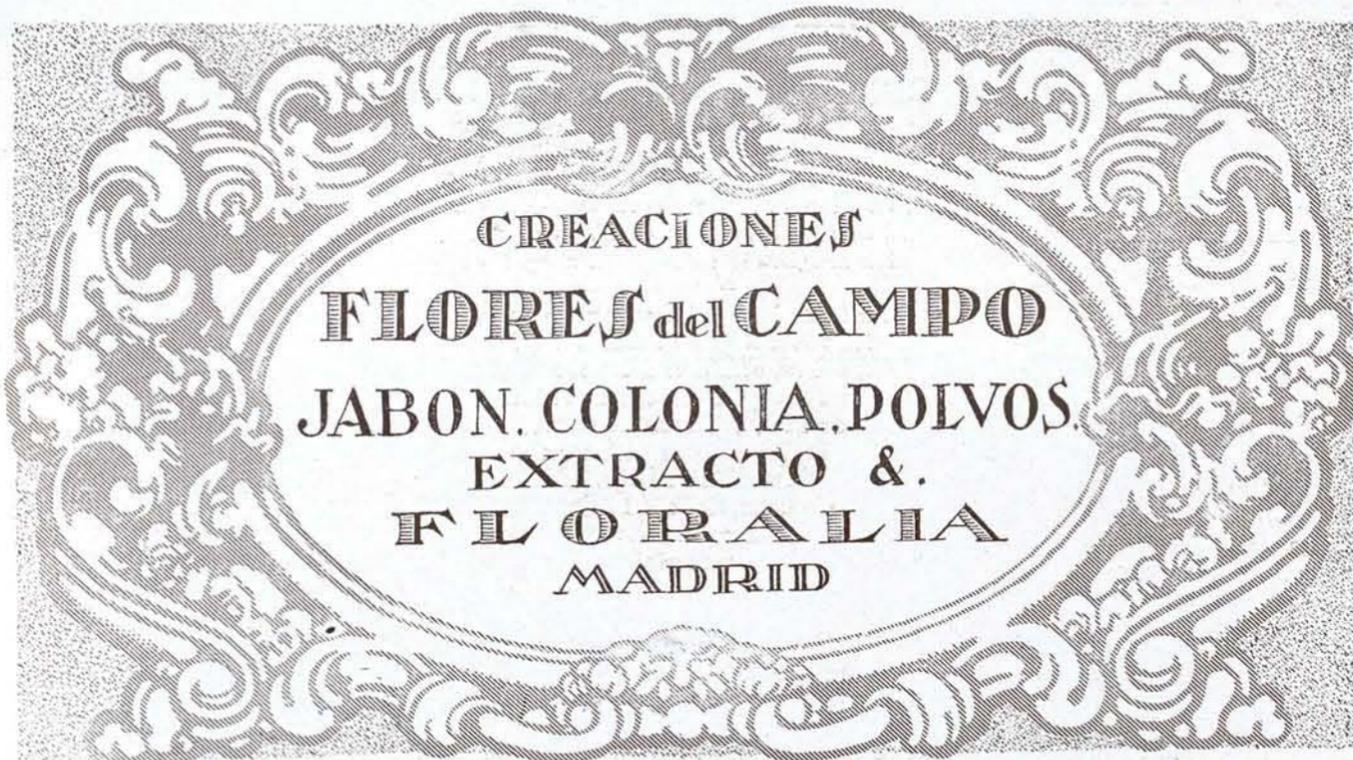
Tuberosa: voluptuosidad.

Verbena: hechizo, encantamiento.

Así hablan las flores.

Pero, a pesar de todo, para mí, la flor más hermosa es la que se cultiva en el jardín humano: la mujer.

Porque ella lo simboliza todo: amor, bondad, hermosura, virtud, hogar, patria...



cuida, los ojos divinos que en ellas se posan... Olvidará quizá el número de la casa, el nombre de tu calle, pero siempre recordará que vives en la mansión de las rosas, de los claveles, de los jazmines, en la mansión de las flores...

Siguiendo el buen ejemplo que nos das, cuánto me gustaría ver desarrollada la costumbre de los balcones floridos, como los tiene Andalucía, y que nuestros municipios, al ejemplo de algunos países extranjeros, organizaran concursos con premios valiosos para los mejor decorados. Me agradaría verlos, no principalmente en los barrios lujosos, cuyas calles son avenidas bordeadas de casas modernas que parecen palacios, en donde no se comprende más que la riqueza, la comodidad de vivir; éstos no lo necesitan tanto, puesto que en el momento en que nuestros sentidos reclaman flores en la ciudad, van sus dueños a buscarlas en otros palacios de veraneo, en donde florecen con profusión.

Hacen falta esos alegres balcones floridos en los barrios populares, en las calles viejas, estrechas, tortuosas como la senda de nuestra existencia, en donde los que los habitan son pobres trabajadores que no ganan bastante para ir a sitios pinforescos a disfrutar de la vida cómoda. Aquellos que no quieren pensar

# ENLACE DE LA SEÑORITA DE SANTA MARINA Y EL DUQUE DE HERNANI

CARTA DE "UNA COLEGIALA DESENVUELTA"



Srta. María Leticia Santa Marina, al salir de su domicilio para dirigirse a la iglesia.



Los duques de Hernani saliendo de San Jerónimo el Real.



D. Manfredo de Borbón duque de Hernani al dirigirse al templo.

Mi abuelita, nacida en Utrera, era muy aficionada a las cosas de sociedad. La gente le encantaba. Yo me acuerdo que en su casa siempre había visitas. Yo quería mucho a la pobre madre de mi madre que hace catorce años se despidió de nosotros para siempre. Y a mi abuela—gran señora por los cuatro costados—le complacía mucho—con sus buenos ochenta y seis años—que le contasen los grandes sucesos aristocráticos. ¡Pobre vieja mía, para la que yo fui—según dice mi madre—su ojito derecho! ¡Lo que ella hubiera disfrutado oyendo relatar esta boda en San Jerónimo el Real! Y es que el caso no era para menos. Se trataba del enlace de María Leticia Santa Marina con el duque de Hernani—Manfredo de Borbón y Bernaldo de Quirós, hijo de la marquesa de Atarfe—y este constituía un grato suceso para la sociedad madrileña.

Un grato suceso. ¡Y tanto! Y hasta el Sol quiso unirse al acontecimiento bañando de luz las calles de la corte y la artística Parroquia del gótico y antiguo monasterio de los reverendos frailes Jerónimos.

Si mi abuela viviera—¡aquella señora de la cara tersa y fina y el pelo ligeramente encanecido!—yo, al regreso de la boda de María Leticia con Hernani, me hubiera sentado junto a ella y le hubiera narrado la ceremonia.—No puedes figurarte—le habría dicho—nada más espléndido, ni más artístico, ni más lujoso. El templo, ese templo al que tú solías ir a misa de dos, era un

Los novios y testigos firmando el acta matrimonial.



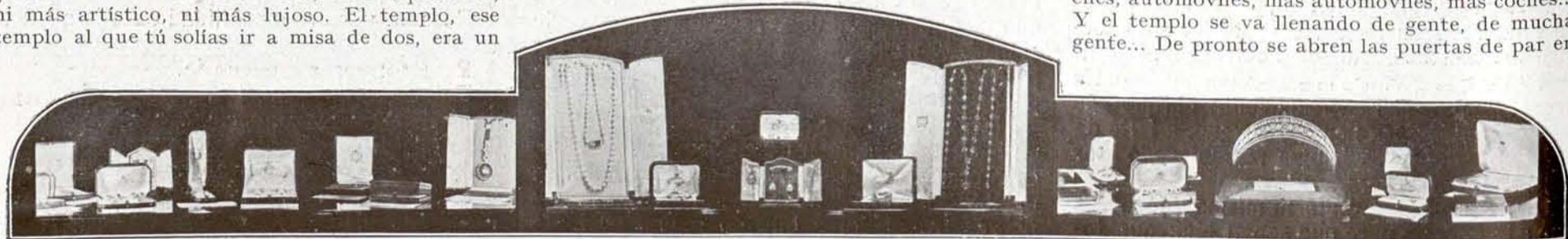
encanto. La blancura de los muros desaparecía bajo los paños de damasco carmesí; luego, sobre el damasco, pendían unos magníficos tapices; desde el altar Mayor hasta la puerta del templo, se extendía una soberbia alfombra, y no hay que

decir que todas las bronceínas arañas irradiaban la luz por la amplia nave. De flores... no puedes calcularlo, no ha podido calcularlo nadie. No sabemos cuántos vagones han llegado de Valencia y de Murcia. Así, como suena, no sabemos cuántos vagones. Figúrate que todo el templo era una pura flor. El altar mayor... una hermosura. ¿Pero cuándo, cuándo ha estado más bonito? ¿cuándo se han visto juntos tantos albos claveles, tantos níveos crisantemos, tantos nítidos alelíos, tantas blancas celindas? Del crucero pendía una gran corona de flores, y de ella partían para todos los lugares de la iglesia, yo no sé cuántas guirnaldas de blanquísimas flores de azahar. Y desde el altar mayor—que además de un vergel era un ascua de oro—se extendían dos balaustradas (que llegaban hasta la puerta) esmaltadas de rosas albas y claveles blancos. Y, además, no sé cuántas palmeras que alzaban en lo alto, como esmeraldinos doseles, sus amplias hojas de esperanza. Lo que te decía, abuela lo que te decía: un encanto, una preciosidad, un ensueño...; ensueño,

preciosidad y encanto que supone muchos miles de duros... porque a tenor de esto estaba todo.

A mi abuela le encantarían todos estos detalles, y yo seguiría:

A las once y media llegaban ya invitados: coches, automóviles, más automóviles, más coches... Y el templo se va llenando de gente, de mucha gente... De pronto se abren las puertas de par en



Algunas de las espléndidas joyas regaladas a los nuevos duques de Hernani, firmadas por Mellerio, Marzo, Sanz, Ansorena y Cartter. Fot. Marín y Ortiz.



*Trajes y joyas, abanicos y encajes que forman parte del trousseau de la Srta. Santa Marina.*

par, suenan las doce campanadas del reloj de la torre y el sol inunda de claridad la entrada, y una carroza de Palacio se detiene ante el pórtico y, ante una multitud que prorrumpen en gritos de cariño:

—¡Vivan los novios!

En efecto ha llegado el novio, D. Manfredo de Borbón, duque de Hernani, que viste el uniforme de los maestranes de Granada y prende en su pecho la placa, esmaltada en brillantes de los caballeros de Malta, que perteneció al infante don Sebastián; y llega acompañado de su madre, la marquesa de Atarfe, en cuyo aire soberano se ve lo regio de su estirpe; cuya mantilla de blonda cae airosa y señorial, sobre su cabeza erguida, y en cuyo pecho—sobre su «toilette» verde esmeralda brochada en oro—se destaca el lazo rojo y la cifra en brillantes de dama de la Reina.

—¡La novia!... ¡La novia!... ¡Ahora llega la novia!—vuelve a clamar la multitud.

Y de otra carroza de la Real Casa desciende la figura de Cuentos de hadas de esta Señorita de Santa Marina que deja absortos a cuantos la ven, no sólo por los encantos que puso Dios sobre su rostro, sino por los primores de su traje, por los adornos de su vestido, por las joyas que luce en sus orejas, en su cuello...

—¡Es un rayo de Luna!—dijo alguien. —¿No la ves? ¡Y vaya si es bonita!

Y las voces clamaron:

—¡Vivan los novios! ¡Viva la novia!

Te aseguro abuela mía, que fué un momento emocionante. Piafaban orgullosamente los caballos de la carroza Real—los Reyes eran los padri-

nos—; las mujeres del pueblo llenaron de flores el sitio en el que la novia había de descender del coche; sonaron en el coro los acordes de la orquesta de Trueba; el clero de la Parroquia—que esperaba a la puerta de la Iglesia—comenzó a caminar hacia el altar Mayor, donde, revestido de Pontifical y con sus capellanes, aguardaba el venerable Obispo de Sión, y novios, representantes de los augustos padrinos y testigos, formaron lucida procesión... Entonces fué cuando vimos cruzar ante nosotros a la novia gentil un poco emocionada, radiante de elegancia, nublada su belleza por su velo de tul de céfiro. Era su «toilette» de tisú de plata con volantes de encajes metálico; de tisú de plata sus zapatos y de encaje sus medias; sus cabellos los aprisionaba una linda «coifure» de encaje de plata.

¿Y de joyas? En sus orejas, los suntuosos pendientes de brillantes almendrados que el duque de Hernani ha regalado a la señorita de Santa Marina y que fueron los que el infante Don Sebastián regaló a la Reina gobernadora como uno de los obsequios de su boda; y en su garganta el suntuoso collar de brillantes, regalo de su madre la señora viuda de Santa Marina. Iba María Leticia del brazo de su hermano político el marqués de Aranda, señor de la casa de Rubianes—que representaba a S. M. el Rey—y que vestía el uniforme de teniente coronel de artillería con la banda roja de Francisco José y la llave de gentilhomme, grande de España; el novio ofrecía el suyo a su madre la marquesa de Atarfe, que representaba a la Reina, y detrás seguían los padrinos: por parte de ella, el exministro conde de Esteban Collantes, el teniente coronel de Húsares de Pavia, D. Alonso

de Saavedra; don Jenaro Parladé, y don Alfonso de Ozores. Por la de él, su hermano el duque de Ansoala; el duque de Plasencia; el duque de Tarancón, y don Alfonso de Borbón, hijo de los Infantes D. Sebastián y Doña Cristina. Todos vestían de uniforme.

Llegaron al presbiterio; el obispo de Sión pronunció una oración solemne; Gloria Keller, hizo vibrar las cuerdas de su arpa con sonos mágicos; se escuchó un concierto vocal e instrumental, y la mano del Prelado dió su bendición a los nuevos esposos.

Los nuevos duques de Hernani habían realizado su ilusión. Y dicha que fué la misa de velaciones, los nuevos esposos, seguidos de esos dos angelitos, Milí y Marita—hijos de los señores de Carrión, sobrinos de la novia—que llevaban la cola del manto de la desposada, y del brillante cortejo de padrinos y testigos, se dirigieron a firmar el acta matrimonial, cruzando de nuevo por entre los numerosos invitados que los iban colmando de felicitaciones.

Mi abuela pondría cara de Pascuas con todo esto que yo le contaría. Y como ella también casó a sus hijas, comprendería, dentro de la alegría, la natural emoción que tenían que sentir la señora de Santa Marina y la marquesa de Atarfe, porque como mi abuela decía: un matrimonio es siempre una lotería, aún siendo el cariño el que los une.

Salieron los novios de la iglesia. En el coro la música entonaba los acordes nupciales; en la calle, en el pórtico, mejor dicho las gentes se aglomaban:

—¡Que sean muy felices, señores duques! ¡Que



*Otro aspecto de los salones de la señora de Santa Marina, durante la exposición del trousseau y los regalos de su hija la hoy duquesa de Hernani.*

esta felicidad de hoy no se acabe nunca! ¡Vivan los duques de Hernani!

Y los novios en una carroza y los representantes de los Reyes en otra, se dirigieron a Palacio para dar gracias a Sus Majestades por haberse dignado apadrinarlos.

Los soberanos, que felicitaron a los novios del modo más cariñoso, entregaron a la nueva duquesa de Hernani una linda sortija con hermosa turquesa rodeada de brillantes, y al duque una hermosa botonadura de brillantes también.

Después se trasladaron al palacio de la Infanta Doña Isabel para cumplimentar a Su Alteza, y seguidamente fueron a ofrecer un abrazo a la abuela del novio, marquesa de la Isabela y viuda de Campo Sagrado, egregia dama, hermana de Doña Isabel II.

Y desde la casa de la marquesa de la Isabela, los novios y los padrinos se trasladaron al hotel de los marqueses de Aranda, en donde se servía para los íntimos un espléndido almuerzo.

La mesa principal, instalada en el salón del chaflán, la ocupaban: los duques de Hernani, la marquesa de Atarfe y el señor de Rubianes, las princesas Margarita y Fabiola—hijas de Doña Beatriz de Borbón—, D. Alfonso de Borbón, duques y duquesas de Tarancón y de Plasencia, señora viuda de Santa Marina, señor y señora de Saavedra, conde de Esteban Collantes, D. Carlos Bernaldo de Quirós y D. Jenaro Parladé.

En otra mesa, presidida por el marqués de Atarfe y la señora de Rubianes, sentábanse otras personas de la familia y amigos íntimos, entre ellas el general D. Francisco María de Borbón y su señora, el general y la duquesa de Santa Elena, condesas de Alcubierre y Torre-Arias, marquesa de Guimarey, condesa de San Luis y otras.

En las restantes se agrupaban los demás invitados: la hermosa señora de Areces, las señoritas de González Pintado, que son dos encantos; la señora del Moral, esposa del director general de la Deuda, que, si no cautivara ya por su belleza, cautivaría por su charla; la señorita de Bertrán de Lis, la de Bernaldo de Quirós, la de Pidal, la condesita del Recuerdo, la condesa del Vado, la marquesa de Benicarló, la marquesita de Espinardo...

En total, que la concurrencia a la Iglesia y al hotel de los marqueses de Aranda fué muy numerosa y que, además de las personas citadas concurren a la ceremonia: las duquesas de Tovar, viuda de Sotomayor, Mandas, y Baena; las marquesas de Acha, Salamanca, Viesca, Pidal, Camarasa, Tenorio, Ferrera, San Vicente, Santa María de Silvela, Olivares, Prado Alegre, Villaviciosa de Asturias, Santa Cristina, Aguila Real, Balboa, Cayo del Rey, viuda de Baztán, Torralba, y Valdeiglesias: condesas de Alcubierre, viuda de Esteban, Real Piedad, Villapaterna, San Luis, Cartayna, Saceda, Torre de Cela, Sierrabella, Ventosa, viuda de Castilleja de Guzmán.

Señoras y señoritas de Carrión, Pidal Cubillo, Pérez, Caballero, Cejuela, Ugarte, Bernaldo de Quirós, Propper, Illeras, Zulueta y Martos, Escobar y Kirpatrick, Polo de Bernabé, López de Ayala, Travesedo, Perales, (María), Borbón, Icaza, Ussia, Urioste, Collantes, Rodríguez Rivera, y de la Gándara, Campuzano, San Miguel, Martínez Campos, Calvo de León, San Millán y Requejo.

Y en párrafo aparte—así lo merecen—las encantadoras señoritas de Ozores y la encantadora Rachel Méndez de Vigo.

Todo esto que yo te he contado, lectora o lector, es lo que yo le hubiera dicho a aquella bondadosa dama, madre de mi madre, a la que yo dedico diariamente una pobre oración de mis labios. Y acaso me haya sugerido esta idea de la crónica la visita de los jóvenes duques de Hernani a su egregia abuela, minutos después de celebrada la nupcial ceremonia.

Realmente no pudieron hacer otra visita más oportuna, porque las abuelas son dos veces madres.

Es decir, eso es lo que dicen, que yo por cuenta propia... nada sé.

UNA COLEGIALA DESENVUELTA.

ALGUN DETALLE DEL TROUSSEAU

¡Ay, lectora mía, ya se lo que exiges de mí; que te haga una descripción minuciosa del admirable trousseau de María Leticia de Santa Marina; pues, cuando fuistes el otro día para admirarlo, había tanta gente—el «Tout-Madrid» aristocrático estaba ahí reunido—que te ha sido imposible detenerte delante de cada objeto que va formando la di-

vina canastilla, digna de nuestra Duquesita. Confiéname, lectora, que nunca viste trousseau igual.

Yo, así lo creo. Es más, al contemplarlo dejé vagar mi imaginación y veía sentada en un trono muy alto a la monísima María Leticia. Junto a ella su futuro esposo, le ofrecía estos poemas de encajes y de bordados, presentados sucesivamente sobre sedosos cojines, por una ordenada procesión de hadas de leyenda... Se adelantaban, saludaban a la divina Princesa y entraban para siempre en el misterio...

La presencia de las hadas le entregó un juego admirable hecho en gasa y voile triple, realzado por encajes Valenciennes antiguo de un valor inestimable, combinado con adornos de fils tirés y delicados representando pajaritos. Se destacaba la corona ducal y una H muy altanera de entre tanta voluptuosidad.

La segunda traía: numerosos juegos de lino de hilo blanco, adornados de tul y de verdaderos encajes. Otros en fils tirés; otros más cuyo matiz rosa se armonizaba con las hombreras de cinta azul pálido, son de crêpe de chine con divertidos bordados figurando holandeses y holandesas, de una ejecución perfecta.

La tercera... Para qué contarlas, eran tantas las hadas portadoras de belleza, que nos vamos a perder en la cuenta.

Venían luego, la presentación de las cofias, de las enaguetas de crêpe de chine, las «combinaciones», elegantes por su sencillez, y confeccionadas también en crêpe de chine y «voile» sembradas de violetas bordadas tono sobre tono.

Los saltos de cama: unos, en crêpe Georgette rosa, sobre los que japonesas con sus típicas sombrillas están artísticamente pintadas; otro en crêpe Georgette azul celeste realzado por rosas muy subidas de color ofreciendo un contraste original.

Los cubrecorsés, todo de encajes Poin de París. —¡Ay, qué calificativo emplearemos para decir lo encantadores que son, como para expresar la belleza de aquellos encajes que suministró la simpática Consuelo Ventosa!

Luego los peinadores adornados de tul: ¡suave sinfonía en blanco!

Los pañuelos diminutos; ligeros como mariposas, hechos a mano y enriquecidos por soberbios encajes Malines.

Después de la interminable colección de prendas íntimas, venía la no menos interminable del «linge de maison», como las toallas, los «essuie-mains», en filet, en Venecia, en Binches, tan finos que no se atreve uno a tocarlos.

Las mantelerías, relativamente sencillas, para comidas familiares e íntimas, de tela trabajada, con finísimos calados formando perfectos cuadros.

Una, completamente bordada con flores, rematando las esquinas bellas aplicaciones de Venecia.

Pero la obra capital consiste en dos soberbias mantelerías hechas en tela especial de tono crudo, estilo antiguo, que por su valor en encajes verdaderos como por la labor artística de sus bordados, son obras dignas de conservarse en un museo.

Toda esta avalancha de riqueza y de voluptuosidad era tal que aun me pregunto si en realidad lo he visto o si es bien el cuento que iba narrando...

Y me preguntarás también, porque eres curiosa como todas las mujeres... ¿Quiénes fueron las hadas que confeccionaron este regio trousseau?

Muchas fueron: las más expertas del mundo, como Callot de París, otras españolas que, no siendo tan conocidas como la célebre casa parisiense no dejan de ser menos hábiles. Pero las prendas que te voy citando y que fueron los principales personajes de este cuento, fueron creadas por Morfeaux.

¿Conocéis a Morfeaux? ¡Ah! sí, que memoria

la mía! recuerdo que me dijiste ser fiel clienta de Morfeaux, como todas tus amigas que son nuestro aristocracia.

Ya, ya, comprendo ahora por qué he soñado con tanta belleza...

FEMINA.

\*\*\*

#### ALGUNOS REGALOS DE BODA

Todos como el magnífico *trousseau* y los preciosos trajes han sido muy elogiados; se destacan por su esplendidez los de familia.

El duque de Hernani a su prometida, además de la pulsera de petición, formada por siete grandes esmeraldas *cabochon* rodeadas de brillantes antiguos, un par de pendientes de gruesos brillantes de roca antigua, terminados en perillas, formados por brillantes tallados en forma de almendra; un precioso collar, también antiguo, de brillantes y grupos de rubíes de Siam, en forma de racimos de grosellas; joya de inestimable valor intrínseco e histórico, por la pureza de las piedras y porque esta alhaja perteneció a la Princesa de Beira de Portugal, bisabuela del novio; otros pendientes de brillantes y esmeraldas; un reloj en forma de escudo, con las armas de España y Portugal, y la corona Real en brillantes y perlas; varios magníficos broches, y el vestido de boda, ya descrito.

El duque de Hernani ha enviado sus regalos a la novia en un hermoso arcón, estilo siglo XVII español, que es una verdadera obra de arte.

El interior del arcón, forrado de antiguo damasco verde, contiene bandejas para las joyas, pañuelos, mantillas y demás objetos que regala el duque de Hernani, y en el fondo van colocados los trajes, entre ellos el de novia.

La novia ha regalado al duque de Hernani una hermosa botonadura de perlas y brillantes, un alfiler de corbata, que es una perla de magnífico oriente, y una petaca de oro.

Los marqueses de Atarfe, a su hija política, un hermoso broche de brillantes, con una gruesa perla.

La novia a la marquesa de Atarfe, un broche de agua marina rodeado de ónix y brillantes; al marqués de Atarfe, una botonadura completa de zafiros y brillantes; al duque de Ansola, una botonadura de ónix y brillantes, y a los demás hermanos del novio, alfileres de zafiros y brillantes, sortija de las mismas piedras, petaca y medalla y gemelos de oro.

Los señores de Carrión a la novia, una hermosa diadema de brillantes, y al novio, un lapicero de oro; los marqueses de Aranda, una completísima y preciosa vajilla de plata y una petaca de oro con zafiros al novio; los señores de Santa Marina a su hermana, un juego de tocador de concha y plata.

Alvarito Ozores a su tía, un reloj de platino y brillantes, y las niñas «Mily» y Mariña Carrión a su tía, un bolsillo de oro.

Al novio le regala la madre de la novia una botonadura de brillantes y rubíes, y, espléndida con su hija, ha puesto en su canastilla una soberbia *rivière* de brillantes de la Casa Cartier, de París, y una fastuosa cantidad de encajes de todas clases y abanicos antiguos y de plumas.

El duque de Ansola, a su hermano, una joya digna de un museo. Es una alhaja de brillantes, en cuyo interior gira una esmeralda perfectamente redonda, inestimable por su pureza. Esta alhaja procede también de la Princesa de Beira. A la novia le regala un hermoso broche antiguo de brillantes.

Las hermanas del duque de Hernani, un precioso cintillo de concha rubia con brillantes, y a su hermano una botonadura de brillantes y rubíes.

Entre los regalos de familia llaman la atención el juego de té magnífico, de *vermeil*, de la marquesa de la Isabela, viuda de Campo-Sagrado, a su nieto el duque de Hernani.

Además lleva la novia en su canastilla un magnífico collar de perlas, notable por la igualdad de su tamaño y por su oriente, con broche de esmeraldas y brillantes, y dos parejas de pendientes de perlas y otros pendientes de rubíes y brillantes; un precioso mantón de Manila azul bordado de blanco, *écharpes* y mantillas de encajes de Inglaterra, de Chantilly, de blonda, y otras muchas preciosidades.

Y como final diremos, que los novios, como recuerdo de su boda—un recuerdo permanente y agradable—han regalado a sus amigos preciosas cajas de La Duquesita—casa hoy de moda—con ricos y delicados bombones.

**Cerámica, Saneamiento, Azulejos, Hierros artísticos**  
**Carlos Gonzalez y Hermano**  
 Casas en Madrid (GranVía14), Sevilla, Huelva y Málaga  
 Proyectos, Catálogos y Presupuestos a disposición

# Notas de pesame



Srta. Sofía de Arteaga y Falguera.

qués de Encinares, tuvo tres hijos: doña Sofía, casada con don Francisco Fernández; doña María de la Concepción, ya difunta, casada con don Alfonso Gómez Rico, y don Alfonso, difunto también, que contrajo matrimonio con doña María de la Soledad Esteban, fallecida igualmente.

Hijos del primer matrimonio citado son: doña Teresa y don Francisco; del segundo, doña Victoria, don Alfonso, don Francisco, don Casimiro, doña Elia, don Juan, don Manuel y doña Concepción, y del tercero, don Alfonso, actual marqués de Encinares, y doña Soledad.

Fué la ilustre finada dama muy virtuosa y caritativa, de gran belleza y de trato encantador. Cuando fallecieron sus hijos Concha y Alfonso, a los que quería entrañablemente, se retiró de la vida de sociedad, no saliendo ya de su casa sino muy contadas veces.

Era el verdadero ejemplo de la noble señora española. Le gustaba hacer el bien sin que nadie lo supiera, y constituía su diversión favorita cuidar las flores del hermoso jardín de su casa.

Su muerte jamás se olvidará a cuantos la presenciaron. Sufrió horriblemente, pero no perdió su lucidez hasta el último momento. Cuando vió al doctor Fedriani le dijo: «Ay, no es usted Dios, que es el único que podría curarme». Sus palabras postreras fueron recordando a su hija Concha, a quien creía ver.



Srta. María Luisa de Echeandía.

Con la pérdida de esta dama—que vivió casada durante sesenta y dos años—ha desaparecido una de las figuras más respetables y admirables de nuestra aristocracia.

En el lado opuesto de España, en la hermosa Barcelona, otra desgracia ha llenado de dolor a una distinguida familia. La marquesa de la Bârcena ha visto morir entre sus brazos a su encantadora hija María del Carmen de Barraquer y de Borrás.

¡Qué ejemplaridad la de su muerte! Recibió con sincera alegría el Santo Viático y vió llegar la hora final con esa tranquilidad de espíritu propia de esas almas privilegiadas, a las que el Cielo parece conceder, en los momentos supremos en que se extingue la vida del cuerpo, una visión anticipada de la otra vida, eternamente feliz, que les espera.

No han sido sólo tales seres queridos los que han rendido su último tributo. ¿Quién había de decirnos que aquel joven inteligente y estudioso que se llamaba Luis Despujol y Rocha había de perecer, traidoramente enfermo, cuando se ofrecía ante él un brillantísimo porvenir? Pues así fué, sin embargo. Los marqueses de Oliver perdieron el hijo en quien tantas esperanzas tenían y en quien tantos cariños pusieron y no pudieron sentirse consolados en su dolor inmenso, a pesar de lo mucho que, para lograrlo, hicieron sus incontables amigos.

¡Un ángel más al cielo! El nietecito de los condes de Bugallal, hijo de los señores de Fernández Barrón, no pudo resistir, con su débil naturaleza, los estragos de una artera enfermedad. Y el alma, toda pureza, de Federico Fernández Barrón voló, sin haber conocido el mundo, a conocer la Gloria, dejando inconsolables a sus padres y a sus abuelos.

Nosotros quisiéramos hacer, con los sentimientos de íntima pena que brotan de nuestro pecho, unos ramos, que, a modo de crisantemos y pensamientos, depositáramos a los piés de las sepulturas donde duermen su último sueño los que, cristianamente, entregaron sus almas a Dios.

CUANDO el dolor es hondo y sincero, pocas tareas tan tristes hay para el cronista como la de recoger en unas líneas la desaparición de los seres queridos, la irremediable ausencia de existencias ejemplares.

¡Cuántas vidas segadas en flor! ¡Cuántas inteligencias acabadas! ¡Cuántas personas que constituían la alegría y el amor de sus hogares se fueron para no tornar!

Sofía de Arteaga y Falguera. ¡Qué horror! Repentinamente se sintió enferma la bella niña; rapidísima fué la dolencia, y de nada sirvieron los esfuerzos de los doctores para arrancarla de la muerte. Sofía de Arteaga expiró como un ángel, ante la angustiada desolación de sus padres, los ilustres duques del Infantado. Tenía dieciséis años, comenzaba a vivir. Inteligente y culta—pues no en balde nació y se educó en ese hogar modelo que es honra de la nobleza castellana—, era la niña bella queridísima por cuantos la trataron. Y el palacio de los marqueses de Santillana fué, en el día triste del entierro, testigo de que en el dolor de los atribulados padres tomaron parte toda la sociedad de Madrid y muy distintas clases sociales.

Casi tan rápida fué la enfermedad que cerró los ojos de otra existencia en pleno Abril. Murió María Luisa de Echeandía cuando acabada de cumplir los veintiún años. ¿Cómo pudo ser? Nadie puede afirmarlo, pero los Sres. de Echeandía, que se miraban en su hija, halláronse de pronto sin ella. ¿Y qué, sino resignación en estos instantes de prueba, se les puede desear fervorosamente?

No acaban ahí las penas. En el palacio de Zafra (Badajoz) terminó de sufrir una ilustre dama: Doña Elia María del Valle, Massa, Ramírez y Lasso de la Vega, marquesa viuda de Encinares. Padeció, con cristiana resignación, larga dolencia y murió a los ochenta y cinco años, rodeada por todos los suyos.

De su matrimonio con el ya finado D. Leopoldo Ramírez de Arellano y López San Román, mar-



La Marquesa viuda de Encinares.

## ¡VIVAN LAS CAENAS!

En *El Liberal* hemos hallado un admirable soneto de los ilustres hermanos Alvarez Quintero dedicado «A los políticos que quieren hacer una vergonzosa excepción de España, gravando el trabajo intelectual». Une a sus grandes méritos el de la oportunidad. ¿Cómo no reproducirlo? Dice así:

Manes dichosos de Fernando Siete,  
que ordenó a las Escuelas la clausura,  
que al pensamiento echó cadena dura  
e impuso al escritor cepo o grillete:  
un triunfo en este siglo se os promete:  
¡surgid, y en nuestra España sin ventura,  
modificad los centros de cultura,  
el templo, y el templillo y el templete!  
¡Mueran de asfixia, inanición o anemia  
cuantos hacen del Arte noble empleo;  
que lo que ha de premiarse así se premia!  
¡Convertid en chirlata el Ateneo,  
en taberna o figón toda Academia  
y el Congreso en Escuela del Toreo!

# Mundo Mundillo

**E**L *Abanico de Lady Windermere*, la última obra estrenada en el teatro de la Princesa, ha tenido, además de un brillante éxito, una rara virtud: la de interesar al público. Bien es verdad que el arte supremo de María y Fernando ha sido un afortunadísimo colaborador del ingenio de Oscar Wilde. Por algo este ilustre matrimonio, que honra a su patria en cuantas tierras pisa, fué en Madrid el primero que dió a la escena ese tono de buen gusto y de propiedad que hoy se considera ya imprescindible en cualquier teatro de cierta categoría.

¡Cómo está la sala del aristocrático teatro en las noches de abono! Los miércoles de moda, especialmente, no cabe más brillantez. El último miércoles honraron con su presencia el espectáculo los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, y quedaron altamente complacidos.

Días antes habían estado también las Reinas y las Infantas en el mismo teatro, lleno por una concurrencia selecta. Fué la función a beneficio

Muebles de lujo. Muebles de estilo  
Muebles para despachos y oficinas  
Antigüedades. Linoieum

Palacio u Hotel  
de Ventas

Atocha, 34  
Madrid



Guardamuebles  
Muebles de ocasión. Entrada libre

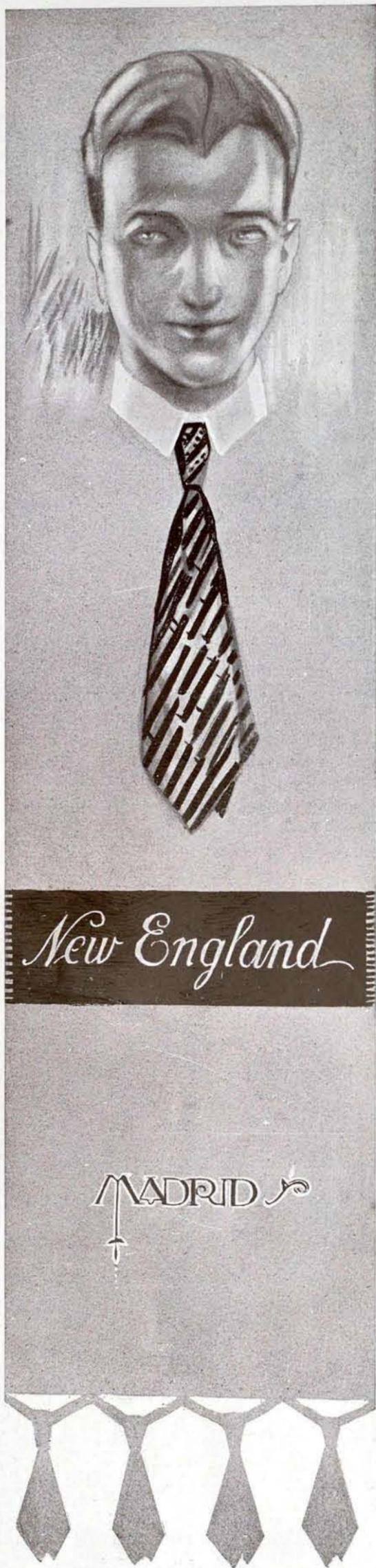
de la Junta de la Cruz Roja del distrito de Buenavista, que preside la Infanta Doña Luisa. Se representó, como la compañía Guerrero-Mendoza sabe hacerlo, el hermoso drama de Marquina *En Flandes se ha puesto el sol*. Los aplausos fueron calurosos y los resultados del benéfico espectáculo cuantiosos. S. A. y sus colaboradoras en la Junta, la vicepresidenta condesa de Alcubierre y las duquesas de Alburquerque, marquesas de Castel Rodrigo, Aguila Real, Rafal y Valdeolmos, condesa de Romanones y señora viuda de Barroso, recibieron muchas felicitaciones.

De otros teatros favorecidos por nuestro público, ocupa en estos días, como siempre, lugar de preferencia el Real, donde Montesanto por un aspecto y el maestro Hess por otro, comparten el favor de la concurrencia, siempre distinguida.

Los *vermouts* de Vilches en Lara, las *matinées* aristocráticas de Eslava y las representaciones de la luminosa comedia de los señores Alvarez Quintero *El mundo es un pañuelo*, en el Infanta Isabel, son otros tantos momentos y puntos de reunión de las familias elegantes de Madrid.

¡En cuántas de estas reuniones nacen cortesés conocimientos que se convierten luego en una imperceptible simpatía, después en un *flirteo*, más tarde en unas relaciones y, por último, en una bendición sacerdotal!

**U**N corsé es como un escultor: modela. Por eso la Casa Isabel—Alcalá, 33—es una especie de Mariano Benlliure.



**C**ONOCÉIS a monseñor Cicognani? Llevaba una porción de años ejerciendo la secretaría de la Nunciatura. Con sus ojos vivos y escrutadores, con su tacto exquisito y su cultura se ha llevado a Bélgica las muchas simpatías de cuantos en Madrid le trataron.

Tiene gran amor por España, y se lo ha demostrado muchas veces.

Nosotros lamentamos su alejamiento. Somos, por naturaleza, egoístas y hemos de sentir que se aleje lo que es bueno para nuestro país. Pero ese egoísmo no obsta para que le felicitemos sinceramente; porque monseñor Cicognani ha sido ascen-

dido en su carrera, y a estas horas habrá tomado ya posesión de su nuevo puesto de Auditor de la Nunciatura Apostólica de Bruselas.

**N**o es reclamo. Pero ustedes fíjense en las cajas de dulces y bombones que reciben participando bodas, bautizos, cruzamientos... Ya verán como son de la Casa Hidalgo—Barquillo, 9.

**L**as crónicas de sociedad de dentro de cinco lustros se ocuparán seguramente de dos bellezas que comenzarán a hacer su aparición en los salones.

Una será la hija de los vizcondes de Eza, que aún no tiene nombre, porque lleva en este mundo muy pocos días, habiendo tenido la fortuna de encontrar a su madre perfectamente de salud.

La otra ha de ser Casildita Figueroa, la hija recién nacida de los condes de Velayos, que ostenta ya el nombre de su ilustre abuela la condesa de Romanones.

Y ambas serán, sin duda, dos bellezas, si es verdad el dicho popular de que las hijas son el espejo de las madres.

**L**as flores son la alegría de la vida. Debemos, entonces, estarle agradecidos a José Abajo—Montera, 40—por vender las que vende. ¡Cuidado si son bonitas!

**S**IEMPRE ofrecen las Capillas públicas de Palacio una atracción especial. Son actos en que la Corte se presenta con todo su esplendor; ade-

Luis Vinardell

Azulejos y Mosaicos  
Pavimentos  
Cuartos de baño  
Aparatos sanitarios



Exposición:  
Alcalá, n.º 12. = Madrid

más ¡tiene tantos encantos ver de cerca a las personas reales y a las de su séquito! Los trajes de Corte, los uniformes, las bandas y las decoraciones brindan siempre, además, nuevos atractivos. Así, el miércoles «de Ceniza» la comitiva de nuestros Reyes desfiló por las galerías entre dos verdaderas murallas de caras curiosas; entre innumerables miradas admirativas.

¡Bella estaba la Reina! Nuestra Soberana posee, entre otras virtudes, la de ser cada vez más bella. Con SS. MM. iban las Infantas y los Infantes, los Prelados, los Jefes de Palacio, las Damas, los Grandes, los Mayordomos, los Gentilshombres...

Las damas llevaban todas mantillas negras. ¿Quiénes eran? Las duquesas de Vistahermosa, viuda de Sotomayor, T'Serclaes, Ahumada y Victoria; las marquesas de Santa Cristina, Comillas, Quirós, Bondad Real y Rafal, y las condesas de Heredia Spínola, Torre Arias, Mora, Castrillo, Torrejón, viuda de Aguilar de Inestrillas y Paredes de Nava.

De grandes de España estuvieron presentes los duques de Montellano, Victoria, Vega, Sotomayor, San Fernando y Hornachuelos; los marqueses de Santa Cristina, Quirós, Portago, San Vicente y Guadalcazar; y los condes de Guendulaín, Mora, Revilla-Gigedo, Torre Arias, Paredes de Nava, Eril y Glimes de Brabante.

El obispo de Sión, ese venerable y simpático Prelado de tanto talento como bondad, bendijo e impuso «la ceniza».

Por las galerías de Palacio quedó aquella tarde un suave olor a incienso...

Las joyas son las inseparables compañeras de toda mujer elegante, como ustedes saben. Y ustedes no ignoran que por las joyas de Sanz (hijo)—Peligros, 14—muestran las señoras cierta predilección.

NUEVOS títulos del Reino! Siempre es grato consignarlos, y más hoy, por tratarse de quienes se trata. El Ministerio de Gracia y Justicia ha mandado expedir Reales cartas de sucesión en los siguientes títulos:

Conde del Castillo, con grandeza de España y marqués de San Felipe y Santiago, a favor de don José Ignacio de la Cámara y O'Reilly, por cesión de derechos de su madre, D.<sup>a</sup> María Francisca O'Reilly y Pedroso, condesa de Buenavista.

Conde de Santa Isabel, con grandeza de España, a favor de D.<sup>a</sup> Hilda Fernández de Córdoba y Mariátegui, por cesión de su padre, D. Joaquín Fernández de Córdoba y Osmá, duque de Arión.

El mismo Ministerio anuncia que se ha solicitado la rehabilitación de los siguientes títulos para las personas que se indican:

D.<sup>a</sup> María de la Concepción Alvarez de Toledo y Caro, representada por su tutor el conde de Montenuovo, la del título de duque de Fernandina y la de conde de Golisano;

D. Federico de la Madriz y de la Madriz y D. Rodrigo Figueroa y Bermejillo, la rehabilitación del título de conde de San Javier, y

D. Federico de Bertodano y Roncalí, la rehabilitación del título de conde de Alcoy.

QUÉ tendrán las comidas de moda del Ritz que cada lunes están más concurridas? Mentira hubiera parecido hace dos semanas que fuera posible mayor animación; y, sin embargo, llegó el lunes de Carnaval, y la hubo, ¡vaya si la hubo!

Más de quinientos comensales se reunieron entre ambos salones. En una mesa, los señores de Santos Suárez tenían por invitados a las condesas de los Villares y de la Vega de Ren, al duque del Arco y al conde de Casa Valencia. En otra comían, con la marquesa de Casa Pizarro y sus hijos, el ministro de Gracia y Justicia y la señora de Garnica, las señoritas de Costi y González Tablas y los señores Igual y Candelas. Y aquí y allá—¡imposible recordar tantos nombres!—, los duques de Plasencia, las marquesas de Prado Alegre y Marzales, los marqueses de Belmonte, los de Montesión, el ministro de Rumania, el de los Países Bajos, el de Colombia, el coronel Tisseyre, la condesa de Buena Esperanza, los condes de Creixell...

Después de la comida, el baile fué, como siempre, animadísimo.

Dos agradables reuniones hemos de anotar. La condesa de Casa Tagle obsequió con un té al ministro de Chile en Roma, Sr. Villegas, y a su esposa, que se hallan de paso en Madrid. A la fiesta concurrieron muchos diplomáticos y personas de nuestra sociedad, que salieron encantados de las bondades de la condesa de Casa Tagle.

Los señores de Ory (D. Germán María) congregaron también a varios de sus numerosos amigos. Hubo te, partidas de *bridge* y un poco de música. Cuantos asistieron a la elegante fiesta pasaron unas horas sin sentir, escuchando bonitas y graciosas canciones en boca de la encantadora hija de la marquesa de Morella, y admirando la belleza de las damas y damitas allí reunidas.

Esta Revista se halla de venta

en las librerías de Fernando Fe y San Martín (Puerta del Sol), en la de Ruiz Hermanos (Plaza del Príncipe Alfonso), en la de Pueyo (Arenal, 6), en la de Beltrán (Calle del Príncipe) y en los principales quioscos. Se admiten suscripciones en las mencionadas librerías y en el establecimiento "New England" (Carrera de San Jerónimo, número 29).



## LA VILLA DE PARIS

CALLE DE ATOCHA, 67

Vestidos

Abrigos

Blusas

Esta Casa, la más importante de España, recibe de París todas las semanas nuevos modelos. *o o*



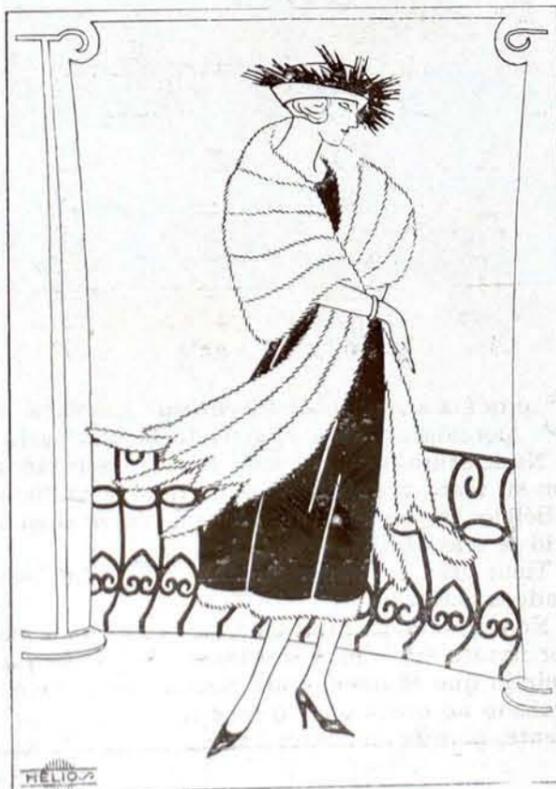
En esta Casa se exponen siempre en sus instalaciones del piso entresuelo las últimas creaciones para decoración de habitaciones y las más altas novedades en tapicerías.

Modelos originales y extranjeros en

CORTINAJES ARTISTICOS,  
ALMOHADONES FLAFONIERS,  
etc., etc.



Vista parcial de una de las habitaciones de la exposición.



*Alesanco*

Peletería :: Novedades

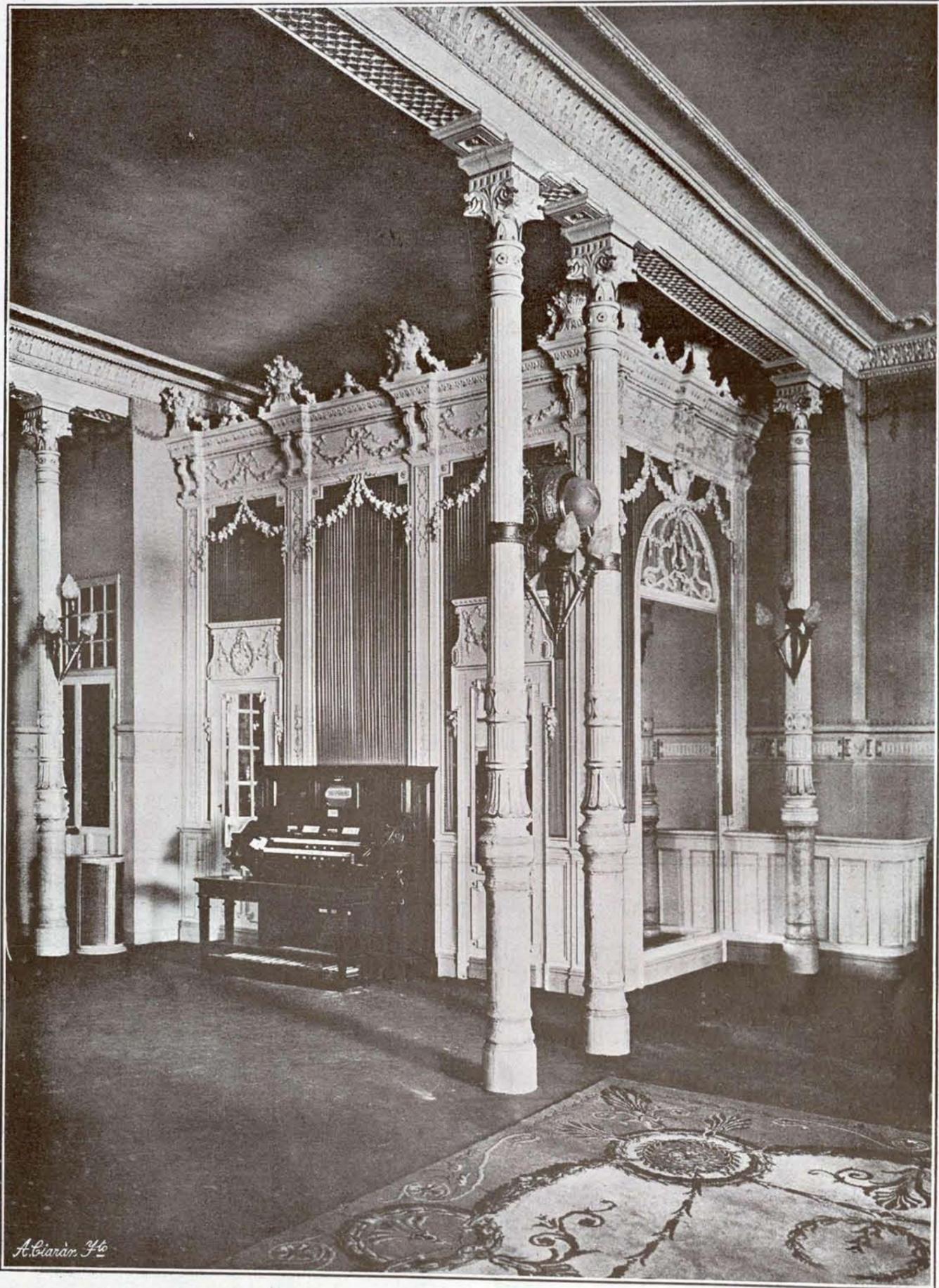
Géneros de Punto

Venta y Exposición:

Carretas, 6

# CASA CAMPOS

CALLE DE NICOLAS  
MARIA RIVERO, 11



Un rincón de la espléndida sala de conciertos.

VENTA EXCLUSIVA DEL INCOMPARABLE

## PIANO MANUALO BALDWIN

Y DE LOS PIANOS STEINWAY Y ELLINGTON

EL Ritz está cada vez más animado. «No sé qué tiene esto—nos decía un extranjero—pero cada vez lo encuentro más simpático.» Nosotros si sabemos lo que tiene. Tiene la preferencia de las más distinguidas familias españolas y extranjeras; tiene la elegancia que le es característica; tiene sus tes, sus fiestas, sus comidas aristocráticas.

Los lunes por la noche, por ejemplo, sigue el Ritz siendo el punto de reunión de nuestra aristocracia ¡Y es tan halagador para un espíritu patriocrático ver que tenemos muchas cosas a la misma altura por lo menos que las más progresivas ciudades!

La noche del último lunes fué la concurrencia mayor si cabe y más distinguida. Entre ella figuraban los condes de Calhariz, marqueses de Belmonte, D. Eusebio Güell, condes de Creixell, señor Garnica, ministro de Gracia y Justicia y su señora, D. Leopoldo Cortina, condes de Luque, D. Santiago Alba, señores de Bascarán, condes de Madrán, D. Natalio Rivas, marqueses de Buniel, D. Enrique Careaga, señores de Lobet, señores de Rodríguez, doctor Recasens, doctor Gutiérrez, doctor Peña, ministro de Rumania, condesa de Woelmont y condesa de du Chastel, comandante Joubert, agregado de la Embajada de Francia; señorita de Power, señorita Calleja, señorita de Igual, Mr. y Mrs. Hamilton, condes de Velle y su bellísima hija, señores de Diego Gómez, Sres. Smigton, Plisson y Lotier, capitán Wells, agregado naval de la Embajada americana; D. Félix Luis Baldasano y de Llanos, señores de Alvarez (D. Alfonso), el general Burguete y otras muchas personas.



# LA VILLA DE PARIS

CALLE DE ATOCHA, 67

Vestidos

Abrigos

Blusas

Esta Casa, la más importante de España, recibe de París todas las semanas nuevos modelos.

Muebles de lujo. Muebles de estilo  
Muebles para despachos y oficinas  
Antigüedades. Linoleum

## Palacio u Hotel de Ventas

Atocha, 34

Madrid



Guardamuebles

Muebles de ocasión. Entrada libre



En esta Casa se exponen siempre en sus instalaciones del piso entresuelo las últimas creaciones para decoración de habitaciones y las más altas novedades en tapicerías.

Modelos originales y extranjeros en

CORTINAJES ARTISTICOS,  
ALMOHADONES FLAFONIERS,  
etc., etc.



Vista parcial de una de las habitaciones de la exposición.

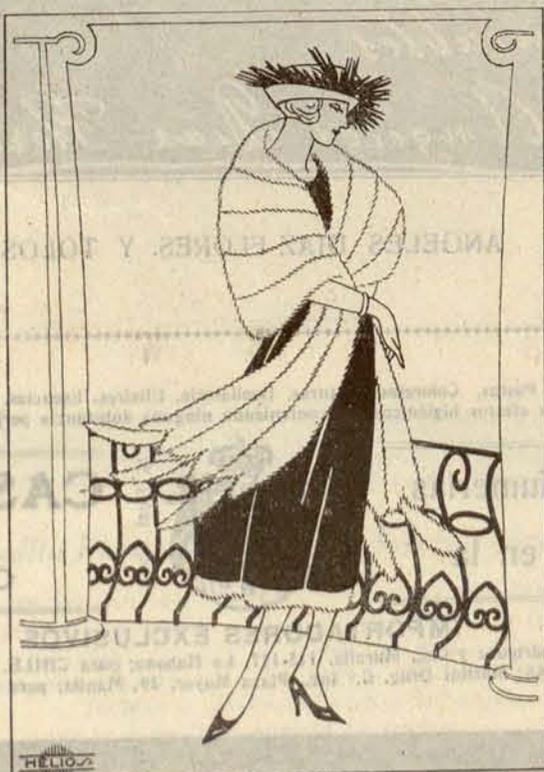
## Luis Vinardell

Azulejos y Mosaicos  
Pavimentos  
Cuartos de baño  
Aparatos sanitarios



Exposición:

Alcalá, n.º 12. - Madrid



## Alesanco

Peletería :: Novedades

Géneros de Punto

Venta y Exposición:

Carretas, 6

# PEELE



*El uso de los productos "Peele" ofrece resultados inmejorables.*

*Angeles Diaz-Flores y Tolosa*

ANGELES DIAZ-FLORES Y TOLOSA

Los preparados «PEELE», Lociones, Cremas, Polvos, Pastas, Coloretos, Tinturas, Depilatorio, Elixires, Esencias, Colonias, Jabones, etc., etc., tienen fama mundial por su incomparable calidad y por sus efectos higiénicos, no conteniendo ninguna substancia perjudicial a la epidermis ni a la salud.

De venta en todas las perfumerías,  
principales farmacias, y en la

Proveedora de



la Real Casa.

**CASA PEELE, Soc. col.<sup>a</sup>**  
**MADRID**

Carrera de San Jerónimo, 40

**IMPORTADORES EXCLUSIVOS**

para la ISLA DE CUBA: «La Tijera», Menéndez, Rodríguez y Cia., Muralla, 115-117, La Habana; para CHILE, BOLIVIA y EL PERU: Juan Mesquida Merce, Casilla, 2.257, Santiago de Chile; para las ISLAS FILIPINAS: Martini Drug. C.º Inc., Plaza Mayor, 29, Manila; para EL BRASIL: Daniel, Romero y Romero, Rio de Janeiro.